

La opulencia de las manos vacías

Bernanos, Teresa y el Cuerpo Místico

*Jean de Saint-Cheron**

“¡Oh maravilla que podamos así regalar lo que nosotros mismos no poseemos, oh dulce milagro de nuestras manos vacías!”, exclama el cura rural de Bernanos la tarde de la muerte de la condesa, una mujer ahogada en su propia desgracia, rebelde a Dios, rebelde a la gracia, pero a quien el sacerdote finalmente bendijo la víspera, con su asentimiento, “en el límite extremo de este mundo visible, al borde del abismo de la luz [...]. Y ella había recibido esta paz de rodillas”. Y el joven sacerdote concluye, asombrado por el milagro realizado por sus manos: “Aquí estoy despojado, Señor, como sólo tú sabes desnudar, porque nada escapa a tu solicitud que espanta, a tu amor que asusta”.¹

Paradójicamente, esta página de la obra maestra de Bernanos es una paradoja, y en todos los sentidos de la palabra. Pero si nos atenemos al sentido filosófico fuerte, que reconocemos cuando la afirmación paradójica une dos proposiciones visiblemente contrarias, y cuya unión desafía el sentido común, la contradicción parece incluso insuperable: ¿dar lo que no poseemos? A menos que lo robe, y luego otra vez... Pero la segunda proposición del sacerdote, también paradójica, proporciona aquí una clave: es la “solicitud aterradora” de la que “nada escapa” que lo “despojó” para permitirle dar lo que no tenía: paz. La capacidad de dar lo que no se tiene viene de otra parte. Sin embargo, ¿qué significa esto? ¿Y de qué lo pudo haber despojado este “Señor” para lograr semejante prodigio?

Cuestionemos el origen de la paradoja: las manos vacías del sacerdote son muy probablemente tomadas por Bernanos —que al final de la novela atribuirá a su personaje el “Todo es gracia”— de la misma santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz que, en su acto de “ofrecerse [a sí misma] como víctima

* Jefe de gabinete del Rector del Instituto Católico de París. Colaborador de la revista *Esprit* y columnista de *La Croix*, ha publicado *Les Bons Chrétiens* (Salvator, 2021), *Éloge d'une guerrière* (Grasset, 2023) y *Blaise Pascal. Esto es la fe* (Salvator, 2023).

¹ Georges Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Paris, Plon, 1936, p. 220-221.

del holocausto al amor misericordioso del buen Dios”² del 9 de junio de 1895, había escrito: “En la tarde de esta vida, yo me presentaré ante ti con las manos vacías, porque no te pido, Señor, que cuentes mis obras. Todos nuestros jueces tienen manchas a tus ojos. Por eso quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la eterna posesión de Ti”.³

Si la paradoja de las manos vacías, que no se expresa en los mismos términos en la versión de Bernanos, parece encontrar una solución teológica que deviene evidente en el acto de ofrenda de junio de 1895, no tiene nada de banal en el cristianismo donde, a pesar de la claridad de las enseñanzas de San Pablo⁴ —“ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”—⁵ y de todas las sumas de San Agustín, todavía flota la tentación del pelagianismo. (La genialidad de Teresa, por cierto, será derrotarla, así como las herejías contrarias, el quietismo y el agustinismo forzado llamado “jansenista”). Este “milagro” de la riqueza de las manos vacías, que el cura rural parece descubrir después —puesto que es después de que la condesa lo recibió y que él descubre que la paz, o la gracia, pasada por sus manos vacías—, le había sido confiada por el “amor aterrador” de Dios, Teresa también lo comprendió poco a poco.

Seis años antes del acto de la “Ofrenda”, en una carta a su tía Guérin, había utilizado el sintagma en un sentido más débil y común, aunque ya vinculado a lo que Dios pone en manos de sus siervos: “Soy tan imperfecta que mis pobres oraciones probablemente no tengan mucho valor, pero hay mendigos que a fuerza de importunar obtienen lo que desean; haré como ellos y el buen Dios no podrá despedirme con las manos vacías...”⁶. Aquí, la humildad y la confianza de Teresa parecen actualizar una de las promesas de Cristo sobre la oración: “Pedid, se os dará”.⁷ Teresa, desde la conversión extrema del condenado Pranzini, el 31 de agosto de 1887, conversión que atribuye sin temblar a su

² Voir Claude Romano, «Le don, la donation et le paradoxe», in *Philosophie de Jean-Luc Marion*, Ph. Capelle-Dumont dir., Hermann, 2015, p. 12.

³ Thérèse de Lisieux, Pri 06, Office central de Lisieux.

⁴ Efesios 2:8-10: “Por gracia sois salvos, y por la fe”. No viene de ti, es don de Dios. Esto no proviene de las acciones: nadie puede enorgullecerse de ellas. Es Dios quien nos hizo, nos creó en Cristo Jesús, para realizar buenas obras que él preparó de antemano.

⁵ *Gálatas* 2,20.

⁶ LT 099, à Mme Guérin, 18 novembre 1889.

⁷ *Matthieu* 7,7; *Luc* 11,8. Sobre la eficacia de la oración, Teresa parece referirse aquí al evangelio del juez injusto y de la viuda: *Lucas* 18,1-8.

propia súplica, cree en la verdad absoluta de esta promesa (ya creía en ella, asegura, pero el “signo” reforzó su perseverancia en la oración),⁸ aunque las modalidades de la concesión no correspondan necesariamente a los términos, a menudo demasiado humanos, de la petición.

Estas manos vacías, por tanto, en noviembre de 1889, piden ser colmadas de gracias. Las de junio de 1895, si bien estas dos imágenes no son incompatibles, ya que sólo la segunda es escatológica, son por el contrario deliberadamente vacías: Teresa no tiene ninguna obra que promover y prevé que no tendrá nada que producir en el momento de aparecer ante Dios. Sin duda sus manos humanas fueron el instrumento del amor divino en este mundo. Pero Teresa sabe que la gracia que pasó allí no era suya. Así, contrariamente a la ilusión tan difundida, sobre todo en su tiempo, de que se puede “alcanzar la salvación” acumulando méritos, aquella en la que Pío X es consciente de que “todas nuestras justicias” son imperfectas⁹ y permanecerán en último lugar hasta el final. Apostamos que aquí no se trata de una fingida humildad, sino simplemente de que en este ámbito Teresa Martin lo había entendido todo a los 22 años.

Dos años más tarde, es decir al final de su vida, Teresa tuvo dos oportunidades, en enero y junio de 1897, de perfeccionar la expresión de la paradoja de las manos vacías; expresiones que nos permiten comprender mejor su alcance. En una carta al hermano Simeón, lasallano y amigo de los Martin, escribe: “Sé bien que este divino Maestro debe estar deseoso de coronaros en el cielo, pero espero que os deje todavía en el exilio para que, trabajando en su gloria como lo has hecho desde tu juventud, el inmenso peso de tus méritos provea para otras almas que se presentarán ante Dios con las manos vacías”.¹⁰ Aquí, por tanto, se refiere a los méritos de una criatura —lo que puede parecer paradójico en vista de lo que escribe en otros lugares sobre su potencial—, y esto desde la perspectiva, tan sensible pero fundamental, de la sustitución, es decir de la reversibilidad de los méritos.¹¹ Además de que marca su fe total en la comunión de los santos, además de una conciencia muy clara del Cuerpo Místico,¹² la fórmula de las manos vacías utilizada en este contexto proporciona

⁸ Thérèse de Lisieux, Ms A 46, Office central de Lisieux.

⁹ Voir Thérèse de Lisieux, Pri 06, Office central de Lisieux.

¹⁰ Thérèse de Lisieux, LT 218, Au Frère Syméon, 27 janvier 1897, Office central de Lisieux.

¹¹ Para este punto ver Henri de Lubac, *Catholicisme. Les aspects sociaux du dogme*, Paris, Cerf, 1952, p. 200-201.

¹² Ver la lectura de Thérèse de 1 Corinthiens 12-13. Ms B 03, Office central de Lisieux.

una doble visión. En primer lugar, Teresa cree que los hombres pueden contar con “méritos” que se les atribuyen personalmente (pero que, en definitiva, no se les atribuyen, por supuesto). Además, en la medida en que, como hemos visto, se cuenta entre los que “se presentarán ante Dios con las manos vacías”, su confianza en el amor de Dios está probablemente ligada a los efectos de la gracia pasada entre manos humanas. En otras palabras, la comunión de los santos no es ajena al hecho de que Teresa vislumbra con confianza el tribunal del cielo. En esto se une a un tema esencial de la soteriología: no nos salvamos solos, y si trabajamos para la salvación, es para la de los demás y no para la nuestra. No puede haber “egoísmo en la salvación”,¹³ según la doctrina de san Pablo: “Ahora encuentro gozo en los sufrimientos que soporto por vosotros; lo que queda por sufrir las pruebas de Cristo en mi propia carne, lo realizo para su cuerpo que es la Iglesia”.¹⁴ En consecuencia, si consideramos este diagrama en el otro sentido, es en virtud de la participación de otros además de nosotros, en Cristo, en el combate espiritual, que podemos razonablemente esperar la salvación para nosotros mismos, en la medida en que somos miembros del cuerpo.

A esto se suma el hecho de que Teresa se considera no perteneciente al contingente de “grandes santos” cuyas obras son dignas de ser ofrecidas a Dios. Por eso ella, con toda honestidad, cuenta con la comunión de los santos, y por tanto con los méritos de los demás, para ser bien recibida a pesar de tener las manos vacías. Pero como lo expresa el final del Manuscrito B, de septiembre de 1896: “¿Cómo podría tener límites mi confianza?... ¡Ah! por ti, lo sé, los Santos hicieron locuras, hicieron grandes cosas desde que eran águilas... / Jesús, soy muy pequeño para hacer grandes cosas... y mi propia locura, es esperar que tu Amor me acepte como víctima”.¹⁵ Por tanto, es al Amor divino al que Teresa se refiere más explícitamente para pensar en su salvación, y a este Amor en la medida en que acepta el sacrificio de Teresa en su totalidad, ofrecido como “víctima” del amor —volveremos sobre esto.

Es bajo esta luz que debemos leer la última aparición, en el corpus teresiano, del sintagma portador de la paradoja que nos ocupa —pero entonces no es ella quien lo utiliza. 23 de junio de 1897. Teresa está acostada,

¹³ Por ejemplo Balthasar, *La Gloire et la Croix, Les aspects esthétiques de la révélation*, t. II, «Styles», 2, Paris, Aubier, coll. «Théologie», 1972, p. 314.

¹⁴ Colosenses 1,24.

¹⁵ *Carnet jaune*, CJ juin 1897, 23 juin, Office central de Lisieux.

probablemente en su celda, tal vez en el jardín, sobre su coche-cama sobre ruedas, cuando Madre Inés de Jesús (su hermana Paulina), acercándose a su cama, le declara: “¡Ay! ¡No tendré nada que darle al buen Dios, cuando muera, mis manos estarán vacías! «Esto me entristece mucho». Y Teresa respondió (según el testimonio de su hermana): ¡Bueno! eres como un “bebé” (a veces se ponía este nombre) que, sin embargo, se encuentra en las mismas condiciones... Incluso si hubiera realizado todas las obras de San Pablo, todavía me creería un “siervo inútil” pero eso es precisamente lo que me hace feliz, porque al no tener nada, todo lo recibiré del buen Dios”.¹⁶

La paradoja de las manos vacías es la del abandono más absoluto, posible gracias a la confianza más absoluta. Así, los más ricos, en la economía de la vida eterna, son también los más despojados por esta “solicitud que espanta” de la que hablaba el cura rural.

Morir de amor

Primer paso: morir. “El que se enaltece será humillado, el que se humilla será enaltecido¹⁷”. Hay que bajar para subir. Esto es paradójico, al menos a los ojos del mundo, independientemente de lo que haya dicho Jankélévitch al respecto, quien más o menos vio en ello la lógica de la pelota que rebota.¹⁸ Sin embargo, ésta es efectivamente una de las mayores paradojas del Nuevo Testamento, y este es el camino de humildad que todos los santos recorrieron, como constató Chesterton, lúcido por su incapacidad personal para experimentar tal inversión de su lógica: “No podemos seguir a San Francisco a esa inversión espiritual final donde la humillación total se convierte en santidad total o felicidad total”. Y, sin embargo, añade, siempre lúcido: «Nunca subimos de esa manera, porque nunca bajamos de esa manera». Nada más nos hará comprender lo que es en el fondo el cristianismo —la paradoja de la Cruz, el “amor que espanta” (Bernanos)— que la radicalidad extrema de los santos, en el corazón de la Iglesia, porque “es la antigua Iglesia lo único que puede hacer temblar de nuevo al mundo con las paradojas del cristianismo”.¹⁹

¹⁶ *Carnet jaune*, CJ juin 1897, 23 juin, Office central de Lisieux.

¹⁷ *Matthieu* 23,12; *Luc* 14,11.

¹⁸ Vladimir Jankélévitch, *Le Paradoxe de la morale*, Paris, Seuil, «Points», 1989, p. 92: “Esta es la ley de la contragravedad, que se parece a la levitación y, sin embargo, no es en modo alguno un milagro”.

¹⁹ Gilbert Keith Chesterton, *Saint François d'Assise*, Trad. Isabelle Rivière, Paris, Le Bruit du temps, 2016.

Toda fe se vive en la noche, y el mismo Cristo empapó de sudor sangriento la tierra del Huerto de los Olivos.²⁰ El sacrificio de los santos marca su amor por sus hermanos²¹ siguiendo el ejemplo e imitando a Cristo. Si queremos volver al ejemplo de Teresa, sabemos hasta qué punto el año que precedió a su muerte, año durante el cual, sin embargo, siguió amando mediante actos concretos hasta el límite de sus fuerzas, la vida eterna ya no era evidente para sus ojos: “Me parece que las tinieblas, tomando prestada la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: “Sueñas con la luz, una patria embalsamada con los más dulces perfumes, sueñas con la posesión eterna del Creador de todos estos maravillas, ¿crees que algún día emergerás de las nieblas que te rodean! Avanza, avanza, regocíjate en la muerte que te dará, no lo que esperas, sino una noche aún más profunda, la noche de la nada”.²² Por su parte, el joven sacerdote de Ambricourt, incapaz de orar, presa de torturas interiores, dirá de su propio estado, al final de la novela: “No estaba luchando contra el miedo, sino contra un número, aparentemente infinito, de miedos: un miedo por cada fibra, una multitud de miedos. Y cuando cerraba los ojos, cuando intentaba concentrar mis pensamientos, me parecía oír ese susurro como de una multitud inmensa, invisible, acechando en lo más profundo de mi angustia, como en la noche más profunda”.²³

Así, las manos vacías de quienes eligen seguir los caminos del Evangelio lo están cada vez más, hasta el final y sin compensación. Porque debemos ver en el ofrecimiento por amor de quien deja pasar la gracia un vaciamiento total, sin garantía ni moneda de cambio. En un sacrificio, observa Jean-Luc Marion, “no se trata en absoluto de un contradon, como si el donante necesitara recuperar lo que le corresponde (intercambio) o recibir un tributo suplementario (gratitud como salario simbólico); se trata de reconocer el don como tal, repitiendo el proceso de donación a la inversa”.²⁴ Porque “¿Qué tienes que no hayas recibido?”.²⁵ Consciente de esta situación y de esta exigencia, cuyo ejercicio es sin embargo libre y gratuito, y de su significado en términos amorosos,

²⁰ Ver Lc 22,44.

²¹ Comunión, sustitución. Ver supra.

²² Thérèse de Lisieux, Ms C 06, Office central de Lisieux.

²³ Georges Bernanos, *op. cit.*, p. 315.

²⁴ Jean-Luc Marion, *Certitudes négatives*, Paris, Grasset, 2010, p. 204.

²⁵ 1 Corintios 4,7.

Teresa resume la idea en pocas palabras en una de sus famosas fórmulas: “Amar «es darlo todo» y entregarse”.²⁶ Que intervenga cualquier otro cálculo y no habrá amor.

Entonces las manos están vacías. Dieron sin saberlo realmente, sin medir la magnitud del don, ya que lo que se da es divino y no proviene de ellas. Pero queda por entender qué es lo que permite la confianza del sirviente que deliberadamente camina hacia adelante con las palmas desnudas.

Confianza

Las manos aceptan estar vacías e incluso eligen estar vacías. Su medio de ejercicio es la confianza, que permite el abandono, es decir, el amor en su fruto máspreciado.²⁷ Por eso no intentan aferrarse a sus obras.²⁸ Les resulta familiar la fórmula de Cristo: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos”.²⁹ En una carta de septiembre de 1896 a su hermana María, Teresa exclama: “¡Ah! así que mantengámonos alejados de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos no sentir nada, entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos, por muy lejos que estemos, nos transformará en llamas de amor. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría poder hacerte comprender lo que siento!... Es la confianza y nada más que la confianza lo que debe llevarnos al Amor”.³⁰ La formulación paradójica de junio de 1895: “Ofrecimiento de mí misma como víctima del Holocausto al Amor Misericordioso del Buen Dios”, es coherente.

Vistos desde la economía del Evangelio, el sacrificio desinteresado pero fructífero, el don enriquecedor, el despojo lucrativo, las manos opulentas y vacías, son todo menos paradojas. Son parte de una lógica inaccesible únicamente a la inteligencia humana y al conocimiento terrenal. Pero revelada, en el orden del amor, esta lógica explota. Los ojos que ven la opulencia de las manos vacías son los mismos que reconocen al rey de reyes en este criminal que

²⁶ Thérèse de Lisieux, PN 54, § 22, Mai 1897, Office central de Lisieux.

²⁷ Voir Thérèse de Lisieux, PN 52, 3. 7., 31 mai 1897, Office central de Lisieux.

²⁸ Voir *Matthieu* 6,3: «que ta main gauche ignore ce que fait ta main droite».

²⁹ *Matthieu* 19,24.

³⁰ Thérèse de Lisieux, LT 197, À Marie Martin, Soeur Marie de Sacré-Cœur, 17 septembre 1896, Office central de Lisieux.

se asfixia en la horca: “¡Oh, que haya venido con gran pompa y en prodigiosa magnificencia a los ojos del corazón y que ven la sabiduría!”.³¹

Y si queremos dar cuerpo contable al cálculo incalculable de las manos vacías, lo haremos con Péguy, que también había leído el Evangelio y había meditado los versos del despojamiento, que son los de la más alta promesa.³² Una promesa que, en boca de Cristo, a veces tomaba el tipo de consejo: “hazte tesoros en el cielo”.³³ Hay entonces una lógica subyacente, muy sólida, muy razonable, de dar, de dejarse despojar por el amor:³⁴

Y en esto sabéis que todo hombre gasta,
y que el más avaro es el más despilfarrador.
Y que el caritativo es el único bueno,
el único que sabe administrar un poco sus finanzas.

Y que el caritativo es el único usurero:
dos mil veces más que el negador común.
Es el único prestamista que presta a una tasa de cien a uno,
y es un viejo avaro y litigante.

Porque está cien veces más seguro de alcanzar este porcentaje,
y me sorprende que se mantenga en secreto.
Cuando expuso unos cuantos acres de tierra:
pone su deuda en manos del Todopoderoso.

Es un especulador, un maestro en endeudamiento,
y préstamo y usura y buena inversión.
Porque es el único banquero que presta cien a uno,
y que está siempre seguro de su gobierno.

³¹ Pascal, *Pensées*, Laf. 308, Sel. 339.

³² *Matthieu* 19,29: «Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna».

³³ *Matthieu* 6,19-20: «No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y el gusano los devoran, donde ladrones traspasan las paredes para hurtar. Pero haceos tesoros en el cielo, donde no hay polillas ni gusanos que devoren, ni ladrones que traspasen las paredes para hurtar».

³⁴ Ver *supra*, la formulación de *Curé de champagne*.

Es un calculador de certeza,
pone el único fondo que no perecerá.
Y su regla de cálculo y su doble compás,
fue una sola palabra la que cayó sobre esta multitud.

Es una sola palabra mía que llegó a esta multitud,
el día que lloré por esta multitud.
Aquí está su timón en este inmenso oleaje,
su brújula y su oro y todo su estudio.³⁵

En el verano de 1897, pocas semanas antes de su muerte, Teresa anotó en la última página de su último manuscrito autobiográfico: “No es al primer lugar, sino al último a donde me apresuro; en lugar de avanzar con el fariseo, repito llena de confianza la humilde oración del publicano; pero sobre todo imito el comportamiento de Magdalena, su audacia asombrosa o más bien amorosa que encanta al Corazón de Jesús, seduce al mío. Sí lo siento, aunque tuviera sobre mi conciencia todos los pecados que se pueden cometer, iría, con el corazón quebrantado de arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de Jesús, porque sé cuánto aprecia al hijo pródigo que regresa a Él”.³⁶ La confianza total en la misericordia divina trasciende aquí, y con diferencia, la contradicción de las manos vacías. Pero estos últimos, según Teresa, ya garantizan una excelente acogida en el cielo.

El cardenal de Lubac consideraba paradójicas todas las ideas “que tocan la realidad de nuestro ser ante Dios”.³⁷ Lejos de invitarnos a la resignación intelectual o a la admiración dichosa ante el misterio, la paradoja es el acicate por excelencia para el buscador de la verdad: este es todo el significado, por ejemplo, del conjunto de Pensamientos “Contrariedades”, y uno de los lugares más eminentes, en el sentido de Pascal, para abrir una brecha religiosa en el pensamiento humano.³⁸

³⁵ Charles Péguy, *Ève*, in *Œuvres poétiques complètes*, «Pléiade», Gallimard, 1957, p. 1019-1020.

³⁶ Thérèse de Lisieux, Ms C 36, Office central de Lisieux.

³⁷ Henri de Lubac, *Le Mystère du surnaturel*, Paris, Aubier, 1965, p. 14.

³⁸ Pascal, *Pensées*, Laf. 131, Sel. 164: «¡Sabes, soberbio, qué paradoja eres para ti mismo! ¡Humíllate, razón impotente! ¡Cállate, naturaleza estúpida! Aprende que el hombre supera infinitamente al hombre y escucha de tu Maestro tu verdadera condición que ignoras. Escucha a Dios».

Así, la paradoja de las “manos vacías”, si la abordamos seriamente, es rica en una doctrina muy exacta de la gracia y de la misericordia, y con ellas —parecen inseparables— de la reversibilidad de los méritos. Con las manos vacías están aquellos que quizás lo dieron todo, pero que no quieren saber nada de ello. Los que se dejaron despojar, pero de lo que no tenían. Lo que les importa es la riqueza de todo el cuerpo, cuyo corazón es el amor.³⁹ Con su sonrisa de niña, Teresa Martin, que murió en las sombras a los 24 años, pero que desde entonces ha estado en todos los altares del mundo, nos enseña a resolver la paradoja de la cruz. Ella pone patas arriba la medalla de nuestros valores para hacernos ver el lugar eterno, simplemente.

Traducción: Cristina Corti Maderna

³⁹ Ver Thérèse de Lisieux, Ms B 03, Office central de Lisieux.